

UN NUEVO POEMARIO DE ALFONSO CABELLO EN EL MILENARIO DE IBN HAZM

ÁNGEL AROCA LARA
DIRECTOR

“Uno de mis amigos, de quien me fío, hombre principal y de ilustre cuna, me contó que en su mocedad se enamoró de una esclava que estaba en una de las casas de su familia. Era inaccesible para él; pero tenía perdida la cabeza por ella. “Una vez –me dijo– tuvimos un día de campo en el cortijo de uno de mis tíos, en el llano que hay a poniente de Córdoba. Nos paseamos por los jardines, lejos de las casas, y nos divertimos junto a los arroyos. De pronto el cielo se cubrió de nubes y principió a llover. En las cestas de las viandas no había mantas suficientes para todos. Entonces mi tío mandó traer una de las mantas, me la echó encima y mandó a la esclava que se cobijara conmigo. ¡Imagínate cuánto quieras lo que fue aquella posesión a los ojos de todos y sin que nadie se diera cuenta! ¿Qué te parece esta soledad en medio de la reunión y este aislamiento en plena fiesta?”. Luego me dijo: “¡Por Dios! Jamás olvidaré aquel día”. Y me acuerdo que mientras que me lo contaba reían todos sus miembros y se agitaba de alegría, a pesar de lo remoto del suceso y del tiempo transcurrido”.

Es sobradamente conocido que, en su “risala” *El collar de la paloma*, Abu Muhammad Alí ibn Hazm (Dios lo haya perdonado) nos dio cumplida cuenta de todas las formas posibles de amor; desde el amor joven, irreprímible y osado de su secreto amigo del relato antecedente, cuya dificultad quiso allanar Alá (loado sea) enviando de improviso un aguacero, hasta el amor persistente desdeñado, imposible de todo punto, de que el propio ibn Hazm fue protagonista, peregrinando estérilmente por las ventanas del torreón de la finca cordobesa de su familia tras aquella otra esclava, tan hermosa y recatada como esquiva, que habría de hallar después lo suficientemente maltratada por los años como para afirmar: “Son las mujeres como plantas de olor que se agostan si no se las cuida, o como fábricas que se desploman de no entretenerlas”.

Todas las formas de amor, o casi todas, se dieron en la Córdoba convulsa que albergó al autor de *El collar de la paloma*; desde el amor casto y recatado de los esposos hasta el amor heterodoxo y enfermizo que apresó a Muqaddan ibn al-Asfar

en los días de su mocedad, cuando apenas si salía de la mezquita próxima a la casa del visir Abu Umar sólo por no dejar pasar un día sin ver al joven Achib. Allí se sentaba y lo miraba persistentemente hasta que el mancebo, harto y enojado, se venía hacia él, le golpeaba y le daba de puñadas en las mejillas y en los ojos; más él se alegraba y decía: “Esto es, por Dios, el colmo de mis deseos. Ahora soy feliz”.

Pero, además de todos estos modos y maneras de amar, hay en *El collar de la paloma* otra forma de amor que, aunque no la explicita el autor, se esconde entre sus páginas y aflora de cuando en cuando para alzarnos por un instante sobre la servidumbre de la carne. Me refiero al amor de ibn Hazm por su Córdoba.

“Un día –nos dice– salí de paseo, en compañía de un grupo de amigos, gente letrada y principal, por el jardín de uno de nuestros camaradas. Luego de dar vueltas por algún tiempo, acabamos por sentarnos en un lugar que, aun habiendo sido menos bello, todavía sería deseable. Nos repartimos por vergeles espaciosos, frente a un vasto paisaje que ofrecía dilatado campo a los ojos y donde hallaba el alma esparcimiento. Estábamos entre arroyuelos que se cruzaban como espadas de plata; entre pájaros que gorjeaban melodías capaces de desacreditar las invenciones de Ma’bad y al- Garid; entre frutos que pendían de los árboles, ofreciéndose a las manos y abajándose a quien quisiera cogerlos; entre sombras cobijadoras, a cuyo través veíamos los rayos del sol, como si tuviéramos delante un tablero de ajedrez o un vestido de brocado; entre aguas dulces que te hacían gustar el verdadero sabor de la vida; entre acequias que al correr se deslizaban como vientres de serpiente, con un murmullo que tan presto se alzaba como se perdía; entre admirables flores, de colores variados, agitadas por los soplos fragantes de la brisa, en medio de una tibia temperatura. Los caracteres de los que formaban la partida superaban todavía a todo ésto. Era un día de primavera; con un sol no demasiado fuerte, empañado unas veces por sutiles celajes o por menuda lluvia, y descubierto otras, como una virgen pudorosa o una tímida doncella, que tan pronto se muestra al amante, apareciendo entre los velos, como se tapa con ellos para resguardarse de la mirada del espía”.

En un poema nos dirá ibn Hazm que este edén paradisíaco no era otro que el jardín del palacio de la Casa Nueva, que, en opinión de la crítica pudo ser uno de los pabellones que albergó el recinto del Alcázar de Córdoba.

La lectura de esta bellísima evocación de los jardines de la corte califal es testimonio elocuente de que la dispersión provocada por el saqueo de los beréberes en aquel mayo aciago de 1013 no fue suficiente para ahogar la pasión de ibn Hazm por su patria. Su casa –él nos lo cuenta– quedó totalmente arrasada y hubo de partir hacia Almería, pero hasta allí, a su ulterior destierro de Aznalcázar y a todos los demás lugares a los que se vio arrastrado por su inquebrantable fidelidad a los Omeya, le acompañó el recuerdo de su adorada Córdoba.

En opinión de don Emilio García Gómez, *El collar de la paloma* es también una elegía de la arruinada capital de Al-Andalus, “una nostálgica resurrección en el recuerdo de la gran metrópoli de Mediodía”, un intento de recomponer para nosotros el bello manto oriental que durante dos siglos y medio tejieron los Omeya en Occidente.

Quien así luchó contra el olvido del tiempo y la distancia, quien se negó a

aspirar el aroma de las rosas de la peña de Játiva porque sus raíces no se hundían en los arriates de Córdoba, bien merece que ahora, cuando acaban de cumplirse mil años de su nacimiento, le brindemos la primicia de este nuevo poemario de Alfonso Cabello Jiménez, que ha nacido al amor de Córdoba y es fruto de lo que aún queda –no bastaron para terminar de arruinarlo el paso demoledor del tiempo y la incuria de los hombres– del sensualismo de aquellos viejos patios cordobeses en que lozaneaban las gacelas, de aquellos añorados jardines alfombrados de jacintos, cuyos estanques se ofrecían al visitante recamados de nenúfares, como lunares en la piel blanca de una muchacha.

Permita Alá que, atravesando el polvo de la dispersión y de la muerte, estas *Brumas* de Alfonso Cabello Jiménez –otro cordobés que padeció, asimismo, de exilio y añoranza– le lleguen a ibn Hazm. También en ellas se habla de amor; de ese mismo amor con que él, que sigue vigilando con sus ojos de bronce a quienes llegan a Córdoba por la Puerta de Sevilla, ensartó hacia el año 1022 *El collar de la paloma*.

Es lástima que lo apretado de este acto no nos permita deleitarnos con la lectura de algunos de los poemas que esconde el nuevo libro de Alfonso entre sus páginas. Baste la lectura de su prólogo, que escribí en el último septiembre porque el autor quiso honrarme con tal encargo, para darles una somera idea de lo que podrán hallar si, como espero, se deciden a saborear su contenido.

No sé nada de ti, amigo mío. No conozco tu nombre, ni sé de tu ventura o tu desdicha. No sé cual es tu estado de ánimo ahora, cuando buscas perderte entre las *Brumas* del poeta.

Te aseguro que me pesa nuestra incomunicación, que me duele el alma por haber sido capaz de dormir a pierna suelta aquella noche larga y cerrada, sin visos de la aurora en su horizonte, en que hubiste de padecer en soledad la agobiante tenaza de la desesperanza.

Quizá nuestros caminos no lleguen a cruzarse nunca; quizá me muera un día sin haber estrechado tu mano, sin saber de tu vivir diario, de tus sueños, sin conocer siquiera si lamentas conmigo nuestra mutua extrañeza. Pero, en cualquier caso, estoy seguro de que, cuando cierres este libro tras haberte deleitado en su lectura, estaremos unidos en comunión de sentimientos gracias a la capacidad evocadora de los versos de Alfonso Cabello Jiménez.

Es Alfonso –igual lo sabes– un cordobés de Montalbán, fruto jugoso de esta campiña fértil –hoy sedienta– que alcanzó la sazón en el exilio y el retorno; “poeta de amor y soledades”, al decir de Manolo Gahete, que busca acercarse a nosotros con sus versos. Sus *Brumas* nos llegan precedidas de otros cuatro poemarios, *Flor de otoño* (1988), *Cadencias y soledades* (1990), *Vivencias sonoras* (1991) y *Alas de fuego* (1992), cuya lectura te recomiendo encarecidamente, tanto por abundar en mi anhelo de conectar contigo, como por desearte el gozo que ha de reportarte –de ello no me cabe ninguna duda– el seguir verso a verso la trayectoria de este poeta que desnuda su alma en cada página de sus libros con el limpio impudor que sólo es patrimonio de los hombres honestos.

Acababa de nacer este verano reseco e inclemente, cuando Alfonso Cabello me pidió de puntillas, con la delicadeza de quien huye de forzar situaciones y

arrancar compromisos, que le prologara este libro. Dado que soy un mero degustador de versos, poco versado en el metro y los caireles de la rima, debí negarme para que este escogido manojito de poemas hubiera podido tener la presentación que merece. No obstante, el recuerdo de sus poemarios previos y la conmovedora humildad con que me hizo su demanda, propiciaron que el sentimiento eclipsara la razón y, sin dudarlo, accedí complacido a acometer la empresa propuesta.

Esta tarde, cuando al fin he encontrado el momento de sosiego que requería la lectura de los nuevos versos de Alfonso Cabello, aunque sigue sin llover, se insinúa ya el otoño y una brisa de alivio, con la que Dios parece apiadarse al fin de Córdoba, ha revuelto, como sábanas que acaricia la aurora, los poemas amorosos que conforman "A Gelina" en el pórtico de estas *Brumas* que ahora presentamos.

En ellos, Alfonso Cabello nos sumerge en un amor apasionado y limpio, cuyo clímax no trasciende el beso envuelto en el aliento siempre perfumado de la amada. Es un amor soñado o vivido en las horas mágicas que preceden al alba, platónico, lejano, adolescente, hermoso, en cuyas redes todos —seguramente que también tú— estuvimos presos algún día.

Sólo el amor —nos confiesa el poeta en la composición que abre el "Desengaño", de la parte sexta de este libro— da sentido a la vida. Sólo él nos compensa de una existencia que Alfonso retrata en la segunda parte del mismo, "Meditaciones", con un realismo descarnado.

La añoranza, el recuerdo del rincón nativo, afloran en la parte tercera: "Nostalgia". Aquí la evocación de la infancia del autor, de Montalbán y su Calvario, ponen de manifiesto el deseo de Alfonso Cabello de afirmarse en su pasado, de hundir sus plantas en la tierra que se engorda con sus muertos.

Quizá nuestro poeta, como aquel otro de La Mancha, Eladio Cabañero, sabe muy bien que "el hombre sin raíces es como el gallo, de vuelo corto", y quiere así darle brío a sus alas.

Tras los poemas que componen "Desesperanza" y "Desengaño", en los que Alfonso Cabello abunda en un pesimismo, que más se nos antoja esencial que mero recurso poético, nos salen al paso los "Destellos" con que culmina este poemario. En ellos, el poeta, seducido por el sensualismo del sur, recobra el optimismo y canta la primavera, la rosa o el jazmín, poniendo el acento en los olores de esta tierra, que tanto nos fascinan a quienes llegamos hasta aquí desde la estepa.

Este es a grandes rasgos, lector amigo, el nuevo libro de poemas con que ha querido regalarnos Alfonso Cabello Jiménez. Confío en que su lectura te sea fuente de gozo y sientas el privilegio de conformar la grey de los humanos al amor de la honradez y la sinceridad que rezuman sus páginas.